

# **LA DOCTRINA MILITAR TERRESTRE NORTEAMERICANA**

*Bases históricas, contexto estratégico y su valor como modelo para otros ejércitos*

**Cte. José Luis Calvo Albero**

## ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN
2. LAS DUDAS EN EL ORIGEN
3. LA GUERRA CIVIL. EL MODELO DE ESTRATEGIA LOGÍSTICA
4. LAS GUERRAS MUNDIALES. LA PROGRESIVA PÉRDIDA DE IMPORTANCIA DEL EJÉRCITO.
5. VIETNAM. CRISIS Y REACCIÓN
6. LA GUERRA DEL GOLFO. LA GRAN PRUEBA
7. LA APOTEOSIS DE LA TECNOLOGÍA. LA REVOLUCIÓN EN LOS ASUNTOS MILITARES.
8. LA ENCRUCIJADA ACTUAL. EL CAMBIO DEL MODELO ESTRATÉGICO
9. CONCLUSIONES. EL VALOR DE LA DOCTRINA NORTEAMERICANA COMO EJEMPLO

## 1.- INTRODUCCIÓN

En 1991 la fulminante victoria militar en la Guerra del Golfo y la casi inmediata desaparición de la URSS encumbraron a EEUU al papel de única e indiscutida superpotencia militar global. A partir de ese momento se consideró que las fuerzas armadas norteamericanas eran capaces de intervenir en cualquier lugar del planeta con una garantía casi absoluta de éxito. En los años posteriores esta idea fue sometida a duras pruebas con resultado desigual pero, en general, el convencimiento de que la potencia militar norteamericana era incontestable no solo se mantuvo sino que creció.

Inevitablemente EEUU se convirtió en el referente para el resto de los estados occidentales a la hora de articular la organización y la doctrina de sus Fuerzas Armadas. Incluso países muy celosos de su propia tradición se vieron abocados a aceptar el papel de faro que EEUU representaba en cuanto a modelo militar. Los redactores de doctrina militar de todo el mundo comenzaron a considerar los manuales y documentos norteamericanos como un instrumento básico para su trabajo. En algunos casos incluso se llegó a pensar que ese trabajo consistía simplemente en traducirlos.

Pero ¿dónde se encuentran las bases del éxito militar norteamericano? ¿es su doctrina realmente original y brillante? y, sobre todo, ¿resulta trasladable a otros ejércitos?. Sin duda este modesto trabajo no puede ser una respuesta adecuada a interrogantes tan complejos. Por eso su intención es sencillamente esbozar unas ideas básicas sobre la evolución de la doctrina militar terrestre norteamericana, enmarcándolas en el actual contexto estratégico y en las recientes experiencias bélicas que han tenido como protagonistas a tropas de EEUU.

Todo ello con la pretensión de apuntar que, quizás, como ocurrió en otros grandes imperios anteriores, el modelo militar norteamericano es muy específico, y resulta difícil de trasladar a otros ejércitos sin una profunda adaptación. O, lo que puede ser aún peor,

que intentar efectuar ese traslado de forma literal puede dar como resultado una doctrina militar inaplicable.

## **2.- LAS DUDAS EN EL ORIGEN**

Los hombres que redactaron la Constitución de Estados Unidos y que crearon sus primeros órganos de gobierno tenían en mente que eran protagonistas de una experiencia revolucionaria; una sociedad libre alejada de los cánones de los estados europeos sumidos en la desigualdad, la intolerancia y las continuas guerras dinásticas. Lógicamente cualquier órgano o procedimiento de gobierno que recordase a sus homólogos europeos era mirado con automático recelo. Pero, como los ciudadanos norteamericanos eran descendientes y herederos de la cultura de Europa, se veían obligados a conciliar ese recelo con la atracción hacia sus orígenes<sup>1</sup>.

Este doble sentimiento no era diferente en cuanto a la organización del ejército y la defensa nacional. Los primeros gobernantes consideraban a los ejércitos profesionales europeos como un instrumento de opresión, y a los cuerpos de oficiales como una clase privilegiada y peligrosa para la democracia. Su ideal de defensa estaba basado en las milicias, formadas y dirigidas por ciudadanos no profesionales de las armas. Pero su experiencia en la Guerra de Independencia había mostrado que el valor de las milicias frente a un ejército profesional europeo era bastante relativo. Así pues debían conciliar su preferencia por las milicias con la creación de, al menos, un germen de ejército profesional.

Entre los primeros presidentes, George Washington se inclinó por un mantener una fuerza reducida y organizada a la europea con carácter permanente; Thomas Jefferson puso el acento en la preparación técnica de los oficiales que debía alejarles de ser “profesionales

---

<sup>1</sup> Weigley en Paret, pág. 428

de la guerra”, acercarlos al mundo civil y convertirlos en útiles apoyos a la colonización de los grandes espacios del Oeste; Andrew Jackson por último, rechazó todo lo que sonase a profesionalismo y confió exclusivamente en las milicias<sup>2</sup>.

Lo cierto es que ninguna de las tres tendencias se impuso de forma definitiva, aunque todas aportaron algo al incipiente modelo militar norteamericano. Pero hasta la Guerra Civil resultaba bastante dudoso que tal modelo existiese. Sencillamente el ejército no era demasiado necesario. La Guerra de 1814 contra Inglaterra demostró que, aunque la vieja metrópoli seguía representando un peligro, la empresa de reconquistar el vasto territorio de Estados Unidos sería demasiado costosa para pensar seriamente en ella, y las milicias parecían por tanto defensa suficiente. El caso es que los efectivos permanentes del ejército se mantuvieron en mínimos durante décadas; los oficiales formados en la Academia Militar de West Point eran fundamentalmente ingenieros y técnicos que pasaban con naturalidad de la vida militar a la civil<sup>3</sup>; y la principal función de las pocas unidades organizadas era la colaboración en la expansión de la frontera.

Tanto la Guerra contra los Semínolas (1836-42) como la Guerra contra México (1846-47) podían haber supuesto un revulsivo para esta situación, pero en realidad se convirtieron en la consagración del papel de las milicias estatales, que se mostraron bastante capaces de solucionar ambos conflictos<sup>4</sup>. No obstante, muchos oficiales profesionales seguían pensando en la debilidad doctrinal y organizativa del ejército norteamericano en comparación con sus homólogos europeos. Algunos como Thayer, Hart Mahan o Halleck realizaron una labor de recopilación y enseñanza del pensamiento militar europeo en West Point, especialmente el representado por los escritos del suizo Jomini. La sistematización lógica del arte de la guerra que presentaba este último, unida a la formación

---

<sup>2</sup> Huntington, págs 261-276

<sup>3</sup> Huntington, págs 267-268

<sup>4</sup> Durante la Guerra contra México el ejército regular de EEUU ascendía solo a 17.000 hombres y hubo de ser reforzado por 40.000 voluntarios procedentes de las milicias estatales. Pfof, pág. 22 - 24

eminentemente técnica de las primeras generaciones de oficiales, marcarán de forma permanentemente el modelo militar norteamericano y, especialmente, su doctrina terrestre<sup>5</sup>. La aproximación científica y tecnológica al fenómeno bélico diferenció a los militares norteamericanos de sus homólogos europeos, que veían un alto componente de arte, intuición e iniciativa personal donde los primeros tendían a ver solo ciencia, tecnología y número. De cualquier forma, el desinterés de las autoridades civiles por todo lo militar impidió que estas iniciativas fructificaran inicialmente en un pensamiento militar sólido.

### **3.- LA GUERRA CIVIL. EL MODELO DE ESTRATEGIA LOGÍSTICA**

La Guerra Civil constituyó un momento dramático tanto en la Historia como en el pensamiento militar de EEUU. En ella se enfrentaron dos modelos militares muy diferentes. Por un lado el confederado, basado en una milicia muy entusiasta dirigida por hábiles tácticos como Robert E. Lee y Thomas “Stonewall” Jackson. Por otro, el modelo de la Unión, con un enorme potencial humano y económico capaz de poner en pie de guerra un gigantesco ejército regular, pero con cierta falta de profesionalidad en sus mandos, y de entusiasmo y cohesión entre sus tropas.

La aparición de una figura como Ulysses S. Grant, y su duelo con Lee, se mostraron decisivos para la resolución del conflicto y también para el posterior desarrollo del pensamiento militar norteamericano<sup>6</sup>. Frente a la habilidad maniobrera de Lee, Grant desplegó un realismo absoluto en la visión del conflicto. Su estrategia fue siempre de carácter logístico y estuvo basada en aprovechar al máximo la superioridad económica y demográfica de la Unión para acabar con los escasos recursos del Sur. Sus operaciones en

---

<sup>5</sup> La influencia de Jomini, concretamente, permanece en nuestros días. Colson, pág. 296

<sup>6</sup> Para Russell F. Weigley Grant “*se convirtió en el personaje más influyente para la formación del pensamiento estratégico americano durante los siguientes cien años*” Weigley en Paret, pág. 445

el Oeste contribuyeron a dividir en dos el territorio de la Confederación, al tomar el control del Misissipi y de los nudos ferroviarios de Memphis y Chattanooga. Nombrado posteriormente General en Jefe de las Fuerzas de la Unión, empujó a las fuerzas de Lee en una batalla continua de desgaste en el Norte, que fijó y agotó la mayoría de los menguantes recursos de éste. Pero el punto álgido de esa estrategia logística llegó cuando envió al general Sherman a devastar las zonas más fértiles del Sur en su famosa marcha hacia el mar<sup>7</sup>. La orden de Grant a Sherman decía literalmente

*“Moverse contra el ejército de Johnston para fracturarlo, penetrando en el interior del territorio enemigo tan profundamente como se pueda, infligiendo todo el daño que se pueda a sus recursos de guerra”<sup>8</sup>*

En realidad la figura de Lee siempre resultó más atractiva al pueblo norteamericano y a su ejército que la de Grant. Pero en el fondo debieron reconocer que la estrategia de éste último era mucho más efectiva. Esta separación entre lo ideal y lo práctico es típica de la cultura norteamericana y da origen en ocasiones a un comportamiento que otras culturas interpretan como contradictorio. El caso es que a los militares de EEUU les gustaría ser como Lee; carismáticos como líderes y brillantes en la concepción y la maniobra. Pero saben que están condenados a ser como Grant; realistas en la gestión de enormes recursos militares, aunque quizás un tanto vulgares.

Esta dicotomía explica la mayor parte de la evolución militar norteamericana posterior. El Ejército de EEUU siempre mantendrá cierta aspiración a combatir como Lee, o como los alemanes en ambas guerras mundiales o los israelíes en la segunda mitad del siglo XX; pero finalmente se impondrá el hecho de que el modelo norteamericano se basa no en la brillantez de la maniobra, sino en la estrategia logística y el aplastamiento del adversario

---

<sup>7</sup> Para J.F.C. Fuller la marcha a través de Georgia de Sherman introdujo un nuevo concepto en la estrategia: el pueblo era quien hacia la guerra y por tanto se había convertido en el principal objetivo de la misma. Fuller, pág 104.

<sup>8</sup> Citado parcialmente en FM-3-O

mediante una enorme acumulación de recursos. Se trata de una condena similar a la que sufriría un luchador de sumo que soñase con convertirse en ágil karateca.

Tras la Guerra Civil se repitió un fenómeno habitual en la historia militar norteamericana. Desaparecida la amenaza desaparece también la sensación de que se necesita un ejército, especialmente y dado el aislamiento geográfico norteamericano, un ejército terrestre. La consecuencia es que éste cae en el pozo del olvido y la falta de recursos. Este fenómeno cíclico, motivado por una aproximación empresarial al problema de la seguridad – las fuerzas armadas deben presentar resultados tangibles para justificar el dinero que se invierte en ellas- ha marcado también el pensamiento de los oficiales norteamericanos a lo largo del tiempo, conscientes de que el Ejército corre el riesgo de prácticamente desaparecer si no se empeña en misiones concretas. El caso es que, en la segunda mitad del siglo XIX, el Ejército Norteamericano cayó en uno de sus épocas más oscuras, reducido a unos miles de hombres realizando labores colonizadoras y policiales en las fronteras del Oeste.

Pero no todo fue negativo en este periodo. Huntington considera que, precisamente en esta época de olvido y de repliegue del ejército sobre sí mismo, fue cuando surgieron las bases tanto para la aparición del profesionalismo entre los oficiales norteamericanos como para la organización de un ejército regular.<sup>9</sup> La aparición de centros como la escuela de Infantería y Caballería en Fort Leavenworth, el cambio de los programas de estudio en West Point, desviándose de su inicial enfoque técnico, y el envío de observadores militares a Europa fueron hitos en la formación de una doctrina y una organización modernas. Pese a ello, en 1898, cuando estalló la Guerra contra España, el Ejército contaba con apenas 28.000 hombres pobremente equipados e instruidos, y nuevamente fue necesario recurrir al tradicional sistema de milicianos voluntarios para completar filas.

---

<sup>9</sup> Huntington



#### **4.- LAS GUERRAS MUNDIALES. LA PROGRESIVA PÉRDIDA DE IMPORTANCIA DEL EJÉRCITO.**

En contraste con el pobre aspecto del Ejército a principios de siglo, la Armada había experimentado una modernización notable en las últimas décadas del siglo XIX. De hecho la Armada de EEUU siempre había mantenido un estado de organización y alistamiento muy superior al Ejército, salvo en el periodo de la Guerra Civil. Este hecho se debía a que los políticos norteamericanos consideraron tradicionalmente que la amenaza principal para el estado sería naval, y vendría de Inglaterra.<sup>10</sup>

Pero la necesidad de una flota potente se agudizó a finales del siglo XIX como un elemento imprescindible para apoyar el expansionismo norteamericano en el Pacífico y en el Caribe. La victoria contra España en 1898 fue fundamentalmente naval, y certificó la validez de la estrategia marítima enunciada por teóricos militares como Alfred Thayer Mahan.

A Mahan se le considera como el padre de la estrategia naval estadounidense, aunque su obra impresionó probablemente más a unos políticos ávidos de expansión que a los altos mandos de la Armada. En ella se hacía fundamentalmente un estudio de la estrategia naval británica y de su influencia en la formación del Imperio. Sus ideas, que tenían mucho de traslado de las ideas de Jomini al ámbito marítimo<sup>11</sup>, defendían el dominio de los mares a través del control de unas líneas comunicaciones apoyadas en bases y estaciones navales situadas en costas opuestas. Todo ello bajo la tutela de una potente flota de acorazados diseñada para dar la batalla a las flotas enemigas, elemento último y decisivo del poder naval.

---

<sup>10</sup> Weigley. Pags 59-65

<sup>11</sup> No en vano Alfred Thayer Mahan era hijo de Dennis Hart Mahan

Aunque las teorías concretas de Mahan se quedaron rápidamente anticuadas<sup>12</sup>, la idea general del control de los mares como llave de la supremacía norteamericana permaneció y dio origen a la tradicional preponderancia de la Armada sobre el Ejército de Tierra. Este es un elemento muy importante a la hora de juzgar el pensamiento militar norteamericano que, hasta nuestros días, ha mantenido su confianza en el poder naval como mejor instrumento para proyectar la potencia militar de la nación hacia el resto del mundo.

Los mediocres resultados obtenidos en tierra en la Guerra contra España y la sangría de la Insurrección Filipina provocaron una reorganización importante que, pese a su amplitud, no había conseguido elevar al Ejército Norteamericano al nivel de los ejércitos europeos de la época cuando llegó la hora de intervenir en la Primera Guerra Mundial. Pero en 1917 – 18 se produjo de nuevo un milagro militar, debido nuevamente a la ya entonces inmensa potencia industrial del país<sup>13</sup>. En 1917 el Ejército Norteamericano eran apenas 100.000 hombres pero en 1918 había un millón de soldados de EEUU combatiendo en suelo europeo, cientos de buques de escolta patrullando el Atlántico y miles de camiones Ford rodando por las carreteras francesas. Sería arriesgado decir que la potencia industrial norteamericana ganó la guerra. De hecho el derrumbamiento moral y económico alemán no les dio tiempo para ello. Pero si el conflicto se hubiera prolongado, la planeada ofensiva de 1919 hubiera sido una ofensiva norteamericana.

Los militares estadounidenses salieron de este conflicto reforzados en su confianza en la estrategia logística. De hecho, el Ejército Alemán se había mostrado mucho más brillante innovador y maniobrero que sus rivales, pero todos esos méritos no le habían permitido ganar una guerra en la que terminó agotado por el bloqueo, las bajas y la acumulación de

---

<sup>12</sup> En realidad la estrategia naval norteamericana evolucionó hacia el modelo aeronaval basado en los portaaviones y la guerra de corso que tenía como protagonista al submarino. La lucha entre acorazados, base de la doctrina de Mahan, desapareció en la II Guerra Mundial. Crowl en Paret, pág. 489

<sup>13</sup> En 1914 la producción de acero en EEUU fue de 32 millones de toneladas. La de Alemania, por comparación, fue de 14 millones y la de Gran Bretaña de apenas 6,5, Weigley, pág. 196

medios del adversario. Nuevamente la victoria logística de Grant y Sherman apareció como el mejor método que los EEUU podían utilizar en una guerra<sup>14</sup>.

Pero la experiencia europea tuvo también otra influencia duradera en el pensamiento militar norteamericano, motivada por el contacto con el Ejército Francés. Efectivamente los franceses habían equipado e instruido a los primeros contingentes de EEUU. en Europa y, estos, con una doctrina terrestre propia muy deficiente se habían fijado en la francesa. Era además algo natural, si se tiene en cuenta que la doctrina francesa de la época abogaba por las típicas ideas napoleónicas de ofensiva y concentración de fuerzas que, en su versión traducida por Jomini, los norteamericanos conocían tan bien. En consecuencia el pensamiento militar del Ejército se encontró cómodo con el francés, lo que tuvo muchas consecuencias, en general nocivas, como el empleo de los carros de combate exclusivamente en apoyo de la infantería<sup>15</sup>, la excesiva importancia dada al desgaste mediante la superioridad material, o el gusto por buscar el punto más fuerte para atacar allí, en lugar de maniobrar para buscar el más débil<sup>16</sup>. La doctrina francesa de posguerra tendría una influencia importante sobre muchos de los oficiales norteamericanos que protagonizarían después la Segunda Guerra Mundial.

En el periodo de entreguerras no se produjo en EEUU el mismo debate intelectual a favor o en contra de la guerra mecanizada que sacudió el pensamiento militar europeo. Hubo algunos defensores de los carros como Chaffee o Patton, pero su influencia fue muy limitada. Destacaron sin embargo los teóricos del nuevo poder aéreo, sobre todo William Mitchell. De hecho el avión encajaba perfectamente con las necesidades norteamericanas de un medio de transporte rápido, capaz de cubrir las enormes distancias del territorio nacional. La consecuencia fue que el país contó pronto con un importante número de

---

<sup>14</sup> Weigley, pág 205

<sup>15</sup> Weigley, pág. 217

pilotos profesionales, mientras la industria aeronáutica se mostraba mucho más pujante que su homóloga europea.

Mitchell compartía algunas de las ideas del teórico italiano Giulio Douhet, que veía en el poder aéreo la única forma de superar el sangriento atasco que se había producido en la I Guerra Mundial. Pero Mitchell evitó los aspectos más extremos de las teorías de Douhet, que solo confiaba en una nutrida flota de grandes bombarderos para destruir la retaguardia enemiga. Por el contrario abogó por unas fuerzas aéreas equilibradas, formadas por diferentes tipos de aparatos especializados<sup>17</sup>. La idea del poder aéreo tuvo un lógico éxito en EEUU pues dependía muy estrechamente de la capacidad tecnológica e industrial, y permitía además practicar el tipo de estrategia logística asociada a Grant y Sherman. La visión de una flota de bombarderos destruyendo las infraestructuras y el tejido industrial en el territorio enemigo recordaba inevitablemente la marcha hacia el mar de éste último.

Pese a que el nacimiento de una fuerza aérea independiente estuvo lleno de reticencias por parte del Ejército, de quien eran inicialmente responsabilidad los aviones de combate, lo cierto es que resultó inevitable sobre todo después de las prestaciones demostradas por la aviación militar en la II Guerra Mundial. Con el nacimiento de la USAF, el Ejército de Tierra descendió otro peldaño en la valoración dentro de las Fuerzas Armadas de EEUU. De ser segundo tras la Armada pasó a tercero tras la Armada y la Fuerza Aérea.

La Segunda Guerra Mundial fue un acontecimiento trascendental para Estados Unidos y para sus Fuerzas Armadas. Para estas últimas podemos definir cuatro grandes consecuencias que han mantenido su influencia sobre la doctrina militar hasta hoy día:

- El primero podría ser la superación del complejo de inferioridad que los norteamericanos sentían hacia los ejércitos europeos. A partir del final de la guerra la

---

<sup>16</sup> Durante la II Guerra Mundial los ingleses tuvieron serias dificultades para convencer a los norteamericanos de no lanzarse directamente sobre el corazón de Alemania en una fecha tan temprana como 1943. Matloff en Paret, págs 704 - 705

<sup>17</sup> Macisaac en Paret, pág.647

doctrina militar norteamericana será el referente para todas las fuerzas armadas de Occidente. No obstante, el Ejército asumirá el hecho de que la victoria se debió más a una inmensa superioridad material que a la brillantez táctica y estratégica de sus acciones. Un cierto complejo persistirá en la sombra.

- En segundo lugar cabe destacar que la guerra demostró la superioridad naval y aérea norteamericana pero no así la terrestre. Tras el fin de las hostilidades el inmenso Ejército Rojo, con unos procedimientos tácticos y operacionales más avanzados que los norteamericanos, permaneció como la fuerza terrestre más potente del mundo.
- En tercer lugar cabría destacar la consagración de la estrategia logística. En el Frente del Pacífico las estrategias combinadas del General Mac Arthur, empeñando a los japoneses en una agotadora guerra de desgaste en Nueva Guinea, y del Almirante Nimitz, saltando de archipiélago en archipiélago para cortar las comunicaciones marítimas japonesas fueron en la práctica un calco de la estrategia de Grant y Sherman. En Europa, un Eisenhower que no quiso correr ningún riesgo planteó una penetración lenta y metódica, que llegó incluso a exasperar al habitualmente precavido Montgomery. Las victorias tuvieron más de acumulación de recursos y de uso de inmensas masas de fuego que de brillantes planteamientos operacionales.
- El cuarto acontecimiento fue la creación de la estructura orgánica del actual Ejército Norteamericano. Una estructura que tomaba conceptos prestados de la empresa civil en cuanto a la especialización del personal, la exigencia continua de resultados y un sistemático proceso de autoevaluación para alcanzar la máxima eficiencia.

El ejército sería a partir de entonces una inmensa máquina cuyo correcto funcionamiento dependería de lo adecuado y ajustado de cada uno de sus elementos. El jefe no sería un genio al modo de Napoleón o Federico de Prusia; tampoco un profesional formado desde la infancia para el arte de la guerra al modo de los oficiales

del Estado Mayor General alemán. Sería simplemente un gestor con carisma y sentido común, y su estado mayor un grupo de asesores muy sujetos a procedimientos normalizados<sup>18</sup>. Ambos actuarían como auténticos engrasadores de la máquina, evitando fricciones entre sus elementos y garantizando un funcionamiento suave y continuo. No se esperaba que las decisiones del jefe o las ideas de su estado mayor fueran brillantes, solo lo suficientemente correctas como para no provocar un desastre. La superioridad en medios y la imparable dinámica de una máquina militar bien engrasada harían el resto. La organización y la logística serán desde entonces el punto fuerte de la doctrina norteamericana<sup>19</sup>.

Pero la guerra terminó con un acontecimiento que desequilibraría totalmente a las fuerzas de EEUU por espacio de tres décadas: el descubrimiento y primer uso el arma nuclear. Vencidos Alemania y Japón, y conscientes los políticos norteamericanos de que tenían un arma sin precedente en uso exclusivo, comenzaron a preguntarse para qué necesitaban un costoso ejército convencional. Como de costumbre el Ejército fue el primero en sufrir las consecuencias de esta idea política. En cinco años cayó a un nivel lamentable de medios y adiestramiento. A la Armada no le fue mucho mejor, y solo la fuerza aérea estratégica, por entonces único vector de lanzamiento de las nuevas armas, salió favorecida<sup>20</sup>.

La realidad no tardó en imponerse. En 1949 la URSS llevó a cabo su primera prueba nuclear, y en 1950 EEUU se vio involucrado en una guerra convencional en Corea. Como de costumbre las fuerzas terrestres norteamericanas fueron sorprendidas por el conflicto y su actuación, frente a norcoreanos primero y chinos después, fue bastante mediocre cuando no sencillamente lamentable. El modelo de estrategia logística y aplastamiento por

---

<sup>18</sup> Colson, pág.250

<sup>19</sup> Colson, pág 219

<sup>20</sup> Esta visión estratégica, que basaba casi exclusivamente la defensa nacional en la posesión de armas nucleares se denominó “New Look”. Scales, pág,s 25 y 26

acumulación de medios pareció tambalearse ante adversarios de la época preindustrial, que se movían a pie sin apenas logística, diluyéndose en el terreno montañoso.

Al desengaño de Corea le siguió otro aún mayor cuando los soviéticos ensayaron con éxito su primer misil intercontinental en 1957. A partir de entonces se produciría una situación de equilibrio nuclear que hacía imposible el uso de estas armas bajo riesgo de aniquilación mutua. Como consecuencia, se revitalizó la idea de guerras limitadas mediante fuerzas convencionales, pero los militares tuvieron problemas para imaginar como sería un campo de batalla futuro, con la omnipresente amenaza de las armas nucleares. En un primer momento pensaron que sería posible utilizar el arsenal nuclear como una suerte de artillería de grandes efectos, dentro de un tipo de combate fundamentalmente similar al de la II Guerra Mundial.

El caso es que las fuerzas norteamericanas iniciaron una serie de experimentos para crear un ejército capaz de combatir en un campo de batalla nuclear. Fue la época de las unidades pentómicas y de las armas nucleares tácticas, a caballo entre los años 50 y 60. El experimento pentómico se realizó sin una idea muy clara de lo que se pretendía y tuvo mucho de operación de imagen para demostrar que el Ejército de Tierra estaba “haciendo algo” para adaptarse a la era nuclear<sup>21</sup>. Evidentemente, los experimentos pronto llegaron a la conclusión de que un campo de batalla nuclear será simplemente una enorme tumba, lo que llevó a reconocer que el arsenal nuclear debería orientarse hacia la disuasión, a la vez que se revitalizó el papel de las operaciones convencionales.

Pero el retraso de los mandos militares a la hora de comprender la verdadera naturaleza de la estrategia nuclear les hizo perder muchos puestos en el control de la defensa nacional. Estrategas civiles como el después Secretario de Defensa Mcnamara y organizaciones como la Rand Corporation se mostraron mucho más ágiles en la gestión de la estrategia

---

<sup>21</sup> Scales, pág 163

nuclear, lo que motivó que los militares profesionales comenzaran a verse relegados en la toma de decisiones<sup>22</sup>. Como de costumbre, el Ejército de Tierra fue el más perjudicado en todo este proceso, pues ahora tenía delante en cuanto a prioridades, no solo a la Armada y la Fuerza Aérea, sino a unas fuerzas estratégicas que en parte dependían de estos últimos y en parte comenzaban a adquirir un carácter cada vez más autónomo.

## **5.- VIETNAM. CRISIS Y REACCIÓN**

Pero todo esto debate quedó empequeñecido por el enorme impacto de un conflicto en principio menor: la Guerra de Vietnam. En él fallaron prácticamente todas las bases del modelo militar norteamericano previo, lo que terminaría por provocar un cambio – o al menos un intento de cambio – radical.

En Vietnam falló el modelo de estrategia logística. En parte porque el adversario no disponía de una infraestructura económica desarrollada, lo que le convertía en poco vulnerable. En parte también porque al tratarse de una guerra enmarcada dentro de otra más amplia y sutil – la Guerra Fría – EEUU tuvo que limitar mucho su acción, siéndole imposible cortar la corriente logística que, desde China y la URSS proveía a los norvietnamitas de un abundante arsenal.

Pero falló también el aspecto táctico. La máquina bien engrasada de la II Guerra Mundial no funcionó correctamente y dejó, a veces, excesivamente en evidencia la mediocridad de sus jefes. Este fracaso se debió en parte a la propia naturaleza de la estrategia norteamericana de la época, de la cual los militares habían abdicado, encontrándose dominada por técnicos civiles como McNamara, que exigían resultados tangibles y cuantificables para cualquier operación<sup>23</sup>. El resultado fue una auténtica apoteosis del “modo norteamericano de hacer la guerra” ejemplificado en los procedimientos de

---

<sup>22</sup> Colson, pág 246

<sup>23</sup> Colson, pág 246-247



búsqueda y destrucción. Una estrategia de desgaste puro basada en la potencia de fuego y la tecnología. El Ejército se dedicó a saturar de fuego el territorio vietnamita, y a contar después cadáveres para mostrar los resultados tangibles que se le exigían, sin tener en cuenta ningún aspecto ni de la cultura ni de la personalidad de la población local. Fue una época oscura en el pensamiento militar norteamericano<sup>24</sup>.

En Vietnam también fracasó el sistema de reclutamiento, que envió al frente a los individuos de las clases sociales más desfavorecidas y, además, de forma apresurada y sin apenas formación. Los resultados fueron asesinatos de mandos, crímenes de guerra y un hundimiento general de la moral. Finalmente, el alargamiento del conflicto, la lista de bajas cada vez mayor y el impacto de una guerra transmitida en directo por TV a todos los hogares norteamericanos, provocaron la retirada, y con ella la mayor crisis que el Ejército había sufrido desde la Guerra Civil.

Pero la reacción no se hizo esperar y fue de envergadura. De hecho Vietnam demostró la vulnerabilidad de un modelo militar demasiado simplista y fiado de la superioridad tecnológica y de recursos. Pero las cosas no se presentaban mucho mejores en Europa. El masivo Ejército Soviético parecía imposible de detener por las fuerzas convencionales de la OTAN, y el aterrador recurso a las armas nucleares se presenta como inevitable en caso de un ataque enemigo generalizado.

La solución vino de la mano de ideas radicales. En primer lugar se terminó con la tradicional desconfianza hacia los ejércitos profesionales y el no menos tradicional culto a las milicias. Vietnam había demostrado los límites de un sistema de reclutamiento obligatorio para operaciones en el exterior del territorio nacional y, en 1973, EEUU adoptó un sistema de reclutamiento voluntario y remunerado. La denominada “doctrina Abrams”<sup>25</sup> activó, además, los mecanismos para fundir las nuevas fuerzas profesionales

---

<sup>24</sup> Colson, pág. 246

<sup>25</sup> Groves, pág 2

con el personal de las milicias de defensa, la “Guardia Nacional”, que a partir de ese momento pasó a considerarse un medio de refuerzo del ejército regular.

La profesionalización cambió en gran manera el propio carácter de las Fuerzas Armadas Norteamericanas, y especialmente el del Ejército. El profesionalismo y la sensación de pertenecer a un grupo social diferente al resto de la sociedad norteamericana fomentaron la cohesión y la solidez moral.

Estas ventajas contrastaron con una pérdida de calidad de las clases de tropa, procedentes en gran parte de las capas sociales más desfavorecidas. La consecuencia lógica de disponer de soldados motivados, pero escasamente formados, suele ser el recurso a procedimientos muy claros y rígidos, y esto fue exactamente lo que ocurrió. El Ejército acentuó su carácter de máquina procedimental. En cuanto a los oficiales, se siguieron extrayendo en gran parte de las universidades del país (West Point ha proporcionado tradicionalmente solo una pequeña proporción de los oficiales del Ejército). Pero la negativa experiencia de Vietnam respecto a su capacidad de mando obligó a poner un enorme acento en su formación como líderes. La capacidad de liderazgo se ha convertido desde entonces en una obsesión doctrinal.

Pero el cambio no fue menos radical en cuanto al pensamiento militar. En 1973, con Vietnam todavía activo, el General Craig T. Abrams fundó el Training and Doctrine Command (TRADOC), organismo destinado a convertirse en el auténtico cerebro del Ejército, centralizando tanto la producción de doctrina como su enseñanza, así como el adiestramiento de las unidades. A finales de los 70, una nueva generación de pensadores del TRADOC, bajo el mando entonces del General Starry llegó a la conclusión de que el tradicional modelo militar norteamericano, basado en la estrategia logística y el desgaste enemigo a través de la aplastante superioridad de medios propios, había tocado fondo.

Fueron apoyados en esta idea por un grupo de civiles cuya cabeza más conocida era el politólogo Edward N. Luttwak<sup>26</sup>.

La solución era evolucionar hacia un modelo de guerra de maniobra, basado en la agilidad, la brillantez táctica y una superioridad tecnológica al servicio no tanto de la potencia de fuego como de la inteligencia, la movilidad y un ritmo muy elevado en la ejecución de las operaciones. Jomini fue parcialmente sustituido por Clausewitz como modelo estratégico. No en vano el prusiano había advertido sobre los peligros de una separación entre lo militar y lo político, problema que había provocado la derrota en Vietnam. La línea doctrinal a seguir se inspiró inicialmente en los discípulos de Clausewitz, los militares y pensadores alemanes que, desde Moltke hasta la II Guerra Mundial, habían creado un modelo doctrinal basado en la maniobra.

Tradicionalmente se acepta que los pensadores militares del TRADOC encontraron su inspiración en la Batalla del Golán, desarrollada en 1973, durante la Guerra del Yom Kippur, entre fuerzas sirias e israelíes. La batalla resultaba muy interesante para ellos pues enfrentó a una masiva fuerza acorazada siria, utilizando procedimientos y material soviético, con apenas dos brigadas de carros israelíes en una situación similar a la que podría haberse producido en Europa Central. La presunta consecuencia de la victoria israelí fue que un enemigo inferior numéricamente podía compensar esta desventaja con superioridad tecnológica, flexibilidad en los procedimientos y movilidad. No es fácil comprender de dónde sacaron los norteamericanos estas conclusiones, pues los relatos israelíes sobre la batalla muestran en realidad un combate desesperado desde posiciones fijas.<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> Colson, pág. 257

<sup>27</sup> En el libro "War & Anti war", el matrimonio Toffler narra de forma un tanto novelada la experiencia reveladora del después director del TRADOC General Starry al visitar los campos de batalla del Golán. Toffler, pág,s 73 – 77.

Probablemente la historia de la inspiración en la Batalla del Golán tiene más de mito que de realidad. Pero en cualquier caso la senda para una renovación doctrinal estaba abierta: las formaciones masivas, como las que presuntamente utilizarían los soviéticos en Europa, podrían ser derrotadas sin necesidad del recurso a las armas nucleares. Pero para lograrlo eran necesarias dos premisas: en primer lugar una superioridad tecnológica que compensase la inferioridad numérica y permitiese batir con precisión objetivos en la profundidad del despliegue enemigo, separando a los escalones de ataque de sus apoyos. En segundo lugar una conversión del tradicional modelo de estrategia logística y de desgaste a otro basado en la maniobra.

La primera de las premisas se cumplió sobradamente. La necesidad de crear unos sistemas de armas y de obtención de inteligencia, capaces de actuar muy a retaguardia de las líneas enemigas creó una generación de armas y sensores que todavía hoy constituyen la columna vertebral del arsenal norteamericano<sup>28</sup>. Al mismo tiempo, la necesidad de coordinar e integrar todos estos elementos que, previsiblemente actuarían en escenarios muy amplios y a un ritmo muy elevado, motivó la búsqueda de sistemas de mando y control eficaces. Aquí la tecnología militar consiguió una casi perfecta simbiosis con los avances que la revolución informática estaba introduciendo a principios de los años 80. Las generosas inversiones en defensa que la Administración Reagan llevó a cabo entre 1980 y 1988 fueron, por último, el catalizador de toda esta revolución tecnológica. El caso es que, a finales de los 80 el Ejército Norteamericano contaba con el mejor equipamiento militar del mundo.

En el aspecto doctrinal la situación también mejoró notablemente, aunque sin alcanzar la espectacularidad del desarrollo tecnológico. El Ejército intentó adaptarse a la guerra de maniobra mediante la denominada Doctrina de la Batalla Aeroterrestre. Dicha doctrina

---

<sup>28</sup> Por ejemplo, el helicóptero Apache, el misil de crucero Tomahawk, el lanzacohetes MLRS o los aviones de guerra electrónica JSTARS. Más tardíamente, los aviones de ataque “stealth”

contemplaba un campo de batalla muy fluido con una alta integración de medios terrestres, aéreos y aeromóviles. Se esperaba que las unidades terrestres, bajo el mando de oficiales agresivos y llenos de iniciativa, realizaran acciones muy móviles atacando al enemigo desde direcciones insospechadas, empuñándole tanto en el frente como en la profundidad de su despliegue. La guerra de desgaste típicamente norteamericana parecía un recuerdo del pasado.

Sin embargo, los progresos doctrinales hacia la guerra de maniobra contrastaban con un posicionamiento estratégico más en línea con la tradición. A principios de los años 90 el General Colin Powell alcanzó el puesto de Jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor y estableció la que después sería conocida como “Doctrina Powell”. En esencia consistía en que las guerras de EEUU deberían tener objetivos claros y ser breves; para esto último era necesario evitar la trampa de la “escalada militar”, que agotó a las tropas norteamericanas en Vietnam, y utilizar todo el potencial militar en un golpe demoledor e imparables<sup>29</sup>.

En realidad la Doctrina Powell no se oponía a la doctrina de maniobra del Ejército. Los alemanes, maestros en la guerra de maniobra, siempre habían sido partidarios de utilizar la potencia máxima en un esfuerzo decisivo, renunciando doctrinalmente a las reservas. Pero el acento puesto en el uso simultáneo de un poder abrumador no se interpretó en EEUU como unidades móviles penetrando con agilidad en las líneas enemigas; tanto la opinión pública como los propios militares imaginaban más bien una tormenta de fuego. Después de todo se trataba de algo lógico; los alemanes nunca dispusieron de una potencia de fuego ni una cantidad de recursos comparable. En parte, esto les obligó a lanzarse en arriesgadas penetraciones basadas en la sorpresa y la iniciativa. En el caso de EEUU renunciar a esa ventaja habría sido antinatural. El luchador de sumo intentaba aprender movimientos ágiles, pero su inmenso peso seguía siendo su arma principal.

---

<sup>29</sup> Jablonsky, pág 49

## **6.-LA GUERRA DEL GOLFO. LA GRAN PRUEBA**

Lo cierto es que el Ejército Norteamericano alcanzó su potencia máxima justo en el momento en el que su gran enemigo, la URSS, comenzaba a desintegrarse por una profunda crisis económica e institucional. Pero inesperadamente surgió un adversario con quien probar el nuevo modelo militar. En Agosto de 1990, la invasión irakí de Kuwait arrastró a las fuerzas armadas norteamericanas a su mayor operación después de Vietnam. El Ejército Irakí resultaba aparentemente impresionante, pero su poder real era más modesto. Irak estaba arruinado y la invasión de su vecino tuvo mucho de huida hacia delante. Sus fuerzas terrestres eran inmensas, pero la mayoría de su material estaba en condiciones lamentables o simplemente fuera de uso. La Fuerza Naval era casi inexistente y la Fuerza Aérea anticuada, falta de repuestos y con pilotos poco instruidos. Aún así, enfrentarse a Irak no era una cuestión desdeñable y la conducta norteamericana fue presidida por la cautela casi en todo momento.

En realidad, la crisis con Irak se convirtió en una nueva muestra de la tradicional estrategia logística norteamericana, como si ésta constituyese una maldición inevitable. Los nuevos conceptos sobre guerra de maniobra apenas tuvieron oportunidad de mostrarse ante el riesgo de sufrir bajas que atenazaba desde Vietnam a los políticos norteamericanos. La parte más próxima a la nueva línea doctrinal fue la proyección rápida de dos divisiones aerotransportadas para la defensa de Arabia Saudí, y su ejecución estuvo presidida por el temor a que un ataque de las fuerzas mecanizadas irakíes estacionadas en Kuwait pudiese provocar un desastre<sup>30</sup>. Las opciones para una recuperación de Kuwait rápida y por sorpresa, en la línea de la tradicional guerra de maniobra se desecharon, y se eligió de nuevo la opción de la estrategia logística y el desgaste.

---

<sup>30</sup> Jablonsky, pág. 44

Irak fue aislado diplomáticamente y bloqueado económicamente durante cinco meses, lo que terminó de arruinar su ya precaria economía. Con una habilidad diplomática notable el Presidente Bush consiguió aislar a su enemigo, levantar contra él una coalición casi global y convencer a los temperamentales israelíes de que no interviniesen directamente en el conflicto. Pese a ello tampoco se optó por un ataque rápido sino que se procedió a la acumulación de recursos hasta principios de 1991. Cuando, en Octubre de 1990, el General Schwartzkopf comprobó que sus fuerzas no eran suficientes para una victoria sin excesivas bajas pidió prácticamente doblarlas, lo que le fue concedido sin excesivos problemas, hecho prácticamente inédito en la Historia Militar. Pese a la evidente debilidad irakí, cuando se decidió el ataque éste se manifestó a través de 38 días de ataques aéreos ininterrumpidos que destruyeron lo que quedaba de la infraestructura económica de Irak, cortaron las rutas logísticas hacia Kuwait, desmontaron los sistemas de mando y control y causaron graves daños a las unidades desplegadas sobre el terreno.

Después de esta típica muestra de estrategia de desgaste se inició la operación terrestre. La maniobra que el General Schwartzkopf eligió sería después mostrada como un ejemplo de la nueva doctrina de maniobra, pero en realidad resultó bastante previsible. El amagar en la costa y penetrar por los espacios desérticos del Oeste kuwaití fue desde luego más brillante que avanzar sencillamente de frente, pero el resultado no hubiese sido muy diferente. Aisladas, ciegas y prácticamente clavadas al terreno, las fuerzas irakíes no tenían ninguna capacidad de reacción. Pese a ello la maniobra no fue lo suficientemente amplia o rápida como para conseguir destruir el centro de gravedad enemigo, el núcleo de la Guardia Republicana que escapó al cerco internándose en Irak<sup>31</sup>.

En realidad la conducción tanto de la crisis como de las hostilidades fue muy eficiente. Estados Unidos ganó la guerra de forma relativamente rápida y, sobre todo, sin apenas

---

<sup>31</sup> Gray, págs 178-79

bajas. Pero lo hizo utilizando su modelo estratégico habitual: aislar al enemigo y destruir su infraestructura económica, acumulando después tal potencia de combate que el aplastamiento sea el único resultado posible. La Guerra del Golfo mostró que los intentos por acercarse a un modelo de guerra de maniobra tenían más de sueño teórico que de realidad. Sencillamente, Estados Unidos no estaba dispuesto a asumir los riesgos y sobresaltos de una guerra de maniobra cuando podía sencillamente aplastar a su adversario. El luchador de sumo comprendió definitivamente que el peso, y no la agilidad, constituía su mayor ventaja.

## **7.- LA APOTEOSIS DE LA TECNOLOGÍA. LA REVOLUCIÓN EN LOS ASUNTOS MILITARES.**

Tras la Guerra del Golfo el Ejército de Tierra norteamericano tenía razones para sentirse orgulloso. La victoria había sido fulminante. Pero tenía que compartir los laureles con la Fuerza Aérea, que realmente había provocado la mayor parte del desgaste que convirtió a las fuerzas irakíes en inoperantes. De hecho la Fuerza Aérea pronto desempolvó el sueño de Douhet, la antigua aspiración de convertirse en absolutamente decisiva por sí misma. La idea era que con la combinación de armas guiadas, inteligencia procedente de satélites y sistemas de supresión de defensas aéreas, las fuerzas aéreas podían desarticular totalmente a un adversario, destruyendo sus centros de decisión y su infraestructura económica, aislando a las fuerzas enemigas de sus bases y paralizándolas antes de que siquiera pudieran comenzar una operación. La función de las fuerzas terrestres quedaría limitada a la ocupación del terreno y la captura de un enemigo inerme.

Evidentemente este papel no gustaba demasiado a los estrategas terrestres y se inició un agrio debate sobre las posibilidades reales de la nueva estrategia aérea. El caso es que el Ejército de Tierra fue un tanto lento en comprender la nueva situación. Siguió aferrado a



su idea de guerra de maniobra, como quedó reflejado en su FM 100 – 5 de 1993, que mantenía en lo fundamental la doctrina de la Batalla Aeroterrestre.

El TRADOC, no obstante, editó al año siguiente una obra titulada “Operaciones Fuerza XXI” en la que, manteniendo la mayoría de los principios de la Batalla Aeroterrestre, abogaba por un cambio más radical. De hecho, la tradicional aspiración de la guerra de maniobra de sorprender al enemigo, atacándole de una forma o desde una dirección inesperada, se transformó en actuar sobre él desde una dimensión diferente. Esto permitía aprovechar el dominio norteamericano sobre las nuevas dimensiones del campo de batalla: la esfera de la información y el control del espacio. Pese a este avance doctrinal, los conflictos posteriores demostrarían nuevamente lo poco dispuestos que estaban los políticos norteamericanos a arriesgarse a los azares de una estrategia de maniobra, por muy basada en la tecnología que estuviese.

En 1995 en Bosnia y en 1998 en Kosovo se siguió casi fielmente el modelo de estrategia exclusivamente aérea. La necesidad de tropas terrestres (ineludible todavía pese a las ideas de los estrategas de la Fuerza Aérea) se suplió con fuerzas aliadas en la zona; croatas y musulmanes en Bosnia, y la guerrilla albanesa del ELK en Kosovo. En el ataque contra Afganistán, que siguió a los terribles atentados del 11 de Septiembre, fueron las tropas afganas de la Alianza del Norte quienes asumieron el peso de las acciones terrestres.

En definitiva, y pese a que las acciones aéreas tanto en Kosovo como en Afganistán dejaron bastante que desear en cuanto a eficacia<sup>32</sup>, y demostraron los límites de la estrategia aérea, los políticos de Washington se han acostumbrado a este tipo de operaciones, totalmente basadas en la superioridad tecnológica y que eluden el siempre presente riesgo de bajas de los combates terrestres. La aparente falta de perspectiva del Ejército para ser utilizado en un papel de cierta relevancia en un conflicto ha llevado a un

---

<sup>32</sup> Goulding, pág 4-5

fuerte debate en su seno, que a su vez ha quedado inmerso en el debate general sobre la reorganización de las Fuerzas Armadas, que ha alcanzado su punto álgido tras la llegada al poder del Presidente George W. Bush.

Los asesores de defensa de Bush, entre ellos el actual Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, han acusado al Pentágono, y especialmente al Ejército de Tierra, de no ser capaces de adaptarse con suficiente rapidez a los nuevos cambios tecnológicos, a la Revolución en los Asuntos Militares (RMA). El término RMA, utilizado por los soviéticos en los años 80, ha renacido en los años 90 para denominar la gran transformación en las doctrinas y los procedimientos que se está produciendo tras los avances tecnológicos fruto de la Tercera Revolución Industrial, o Revolución de la Información. Concretamente se acusa al Ejército de Tierra de seguir preparándose para una versión modernizada de la II Guerra Mundial (que es lo que en el fondo fue la Guerra del Golfo) y no aprovechar las posibilidades de los nuevos sistemas de información<sup>33</sup>. Rumsfeld y sus partidarios han atacado el mantenimiento de equipos y estructuras orgánicas tradicionales, en lugar de intentar desarrollar unidades digitalizadas, muy ligeras, móviles y con una gran potencia de combate consecuencia de su enorme capacidad para procesar información, localizar al enemigo y destruirlo prácticamente sin que éste llegue a saber quien le ataca.

Las críticas no han sido solo para el Ejército. La Armada ha visto horrorizada como se proponía la sustitución de sus grupos de portaaviones por buques arsenal<sup>34</sup>. La Fuerza Aérea ha sido menos criticada puesto que muchos de los defensores de la RMA proceden lógicamente de sus filas, al ser la rama de las Fuerzas Armadas con mayor dependencia

---

<sup>33</sup> Una crítica bastante ácida en este sentido puede encontrarse en el artículo de Elliot A. Cohen “*Defending America in the Twenty-first Century*” publicado en la revista *Foreign Affairs* en Nov.-Dic de 2000

<sup>34</sup> Buques protegidos guiados por satélite, capaces de almacenar y manejar un variado número de sistemas de armas: misiles de crucero, balísticos, antiaéreos y antibuque de tal forma que pueden hacer sentir su acción sobre un área marítima enorme

tecnológica. No obstante, se sugirió que la próxima generación de aviones de combate podía ser la última tripulada.

En general las propuestas de Rumsfeld y de la Administración Bush van encaminadas a mantener la superioridad militar norteamericana centrándose en los tradicionales puntos fuertes del país. Su superioridad tecnológica, financiera e industrial y evitando los puntos débiles; el temor a las bajas y a la prolongación excesiva en el tiempo de los conflictos. Se trata de una nueva versión de la tradicional estrategia logística. En la I y II Guerras Mundiales EEUU venció por su capacidad para fabricar un enorme número de equipos militares, aunque en muchos casos la calidad de estos equipos fuese inferior a la de sus adversarios. Ahora la supremacía norteamericana no se basa tanto en la cantidad – aunque no se ha renunciado a ella – como en una calidad, fruto de grandes inversiones en tecnología. Sin embargo el principio es el mismo: la guerra no se decide mediante una exhibición de habilidad en los campos de batalla, sino mediante la eficiente gestión de unos enormes recursos financieros e industriales. En estas circunstancias el sueño del Ejército de desarrollar una verdadera doctrina de maniobra parece de nuevo destinado a ser enterrado por una realidad más prosaica.

## **8.- LA ENCRUCIJADA ACTUAL. EL CAMBIO DEL MODELO ESTRATÉGICO**

En estos momentos el Ejército Norteamericano se encuentra en un profundo proceso de cambio, dentro a su vez de la transformación generalizada que afecta a las Fuerzas Armadas. El motivo no es, ni mucho menos, su pérdida de eficacia sino las controversias sobre su futuro, enmarcadas dentro de lo que la actual Administración Bush entiende que debe ser la nueva estrategia norteamericana. Ya durante la campaña electoral se apuntó que la presencia de fuerzas norteamericanas en el extranjero sería considerablemente reducida. Después de asumir su cargo, el Secretario de Defensa Rumsfeld anunció

públicamente que EEUU renunciaba a la tradicional premisa de que sus FAS deberían ser capaces de librar simultáneamente dos conflictos en distintos lugares del mundo.

Esto rompe con una constante estratégica que nació en la II Guerra Mundial y que se mantuvo durante toda la Guerra Fría. Los dos conflictos que deberían poder atenderse de forma simultánea se situaban en Europa, frente a una agresión soviética, y en Asia, para proteger Corea del Sur, Japón o Taiwan de un ataque chino o norcoreano. Durante la etapa del Secretario de Defensa Mc Namara se hablaba incluso de atender a la vez a dos conflictos y medio; dos grandes guerras en los escenarios antes mencionados más un conflicto periférico menor. En todo caso esta premisa estratégica implicaba una importante presencia avanzada de fuerzas norteamericanas en los lugares de conflicto más probables. Bases aéreas, unidades terrestres y grupos de portaaviones y de desembarco constituían la materialización de esta presencia<sup>35</sup>.

Pero para la nueva Administración Norteamericana esto representa un handicap de la Guerra Fría que debe ser superado. La estrategia norteamericana del futuro no debe basarse en la presencia avanzada de un gran número de tropas, sino en la capacidad de reaccionar rápidamente ante cualquier amenaza originada en cualquier lugar del mundo. Inicialmente esta forma de pensar resulta comprensible, puesto que la presencia avanzada puede empeñar e inmovilizar a un gran número de fuerzas. Por ejemplo, durante la Guerra del Golfo, el mando militar debió trasladar a Arabia Saudí a su 7º Cuerpo Acorazado ubicado en Alemania; y esto solo fue posible gracias a la entonces reciente distensión con la URSS. De otra forma mover esa unidad hubiera resultado prácticamente imposible. Parece lógico que, una vez desaparecidas las amenazas de la Guerra Fría, se recupere la mayor parte de las unidades habitualmente posicionadas en Europa y Asia. Con ello se

---

<sup>35</sup> Scales, pág 140-142

puede conseguir una gran reserva de unidades aptas para reaccionar en cualquier lugar del mundo.

Pero no todo son luces en este repliegue. De hecho las fuerzas norteamericanas situadas en Alemania, Corea, Filipinas o Japón eran la expresión material de la hegemonía norteamericana. Su mera presencia ejercía un claro poder de disuasión y delimitaba perfectamente hasta donde llegaba el “Imperio” norteamericano o sus intereses. El cambio de estrategia que supone la retirada de estas fuerzas y su conversión en una fuerza de reacción implica también una postura mucho más defensiva de EEUU. La potencia militar norteamericana deja de ser un factor de estabilidad sobre el terreno y se convierte en un instrumento punitivo.

Resulta inevitable comparar esta estrategia con la del Imperio Romano en sus últimas fases. A principios del siglo IV el emperador Constantino reorganizó el ejército, replegando una gran parte de sus fuerzas de las fronteras imperiales y concentrándolas en una gran reserva móvil. Los imperativos estratégicos de Constantino eran los mismos que los de la Administración Bush: liberar fuerzas de las guarniciones de frontera para aumentar la capacidad de reacción ante acontecimientos imprevistos<sup>36</sup>. Pero las consecuencias no fueron del todo beneficiosas. Las fronteras quedaron en manos de los aliados locales; Roma dejó de ser el poder omnipresente, materializado por la presencia constante de sus legiones, y se convirtió en una referencia lejana de la que sólo se tenía noticia en tiempos de crisis. La gran reserva se agotó, primero en guerras civiles y después en algunas campañas en Asia y los Balcanes y, un siglo después de esta medida, el Imperio estaba herido de muerte.

No parece probable que este proceso se repita paso por paso en los actuales EEUU, pero sin duda el cambio de estrategia de presencia avanzada a reserva central implicará una

---

<sup>36</sup> Ferrill, pág 66 y siguientes

menor presencia de EEUU en el mundo, y por tanto una menor influencia sobre los acontecimientos que en él se desarrollan. Las fuerzas de reserva podrán golpear cuando los intereses norteamericanos se encuentren amenazados pero, sin la voluntad y la capacidad de permanecer sobre el terreno, sus acciones corren el riesgo de tener un efecto meramente temporal. Conflictos que se alargarán en el tiempo sin una solución clara, que solo podrá proceder de una decidida implicación en la zona, incluyendo por supuesto el despliegue permanente de fuerzas militares.

Los acontecimientos del 11 de Septiembre han servido de apoyo a aquellos que defienden la teoría del repliegue estratégico y la transformación radical de las Fuerzas Armadas. EEUU necesita golpear con energía y rapidez en una multitud de escenarios diferentes para acabar con un adversario difuso y escurridizo. Sus fuerzas militares no deben permanecer inactivas en escenarios tranquilos. Pero estos golpes corren el riesgo de empeñar y desgastar fuerzas y recursos, teniendo solo un efecto temporal a menos que se acepte un despliegue militar de larga duración. Al mismo tiempo, la prioridad absoluta de la seguridad interna, para evitar la repetición de ataques a gran escala, parece acentuar el carácter defensivo de la nueva estrategia norteamericana cuyo máximo exponente podría ser el Sistema Nacional de Defensa Antimisiles.

En medio de este marco estratégico, el Ejército está inmerso en un proceso de autoafirmación dentro de una coyuntura que no le es nada favorable. Efectivamente, la tendencia hacia unas Fuerzas Armadas capaces de golpear rápidamente y a distancia coloca en primer lugar en cuanto a disponibilidad a la Armada y a la Fuerza Aérea. Los grupos de portaaviones, los bombarderos estratégicos, los buques arsenal y la posibilidad de lanzar masivos ataques aéreos y de misiles sin apenas bajas, colocan a la USNavy y la USAF en una situación de clara prioridad frente a las lentas y problemáticas fuerzas terrestres, siempre expuestas a sensibles bajas incluso frente a adversarios

tecnológicamente atrasados. La experiencia de la intervención en Somalia fue muy negativa en este aspecto, y el conflicto de Kosovo resultó revelador; ni siquiera los aparentemente invulnerables helicópteros AH-64 Apache fueron expuestos al combate directo. La campaña en su totalidad fue dejada en manos de la Fuerza Aérea y de los buques lanzadores de misiles de la Armada<sup>37</sup>. En Afganistán se han desplegado pocas fuerzas terrestres, pero estas han sido mayoritariamente de los “marines” y las fuerzas especiales. Los elementos de la 10ª División, especializados en la guerra en montaña, fueron relegados al papel de proteger las bases en Uzbekistán.

Aún en las ocasiones en las que resulta imprescindible utilizar fuerzas terrestres, el Ejército encuentra un competidor especialmente duro en la omnipresente Infantería de Marina, diseñada para la proyección a cualquier lugar del mundo y con su propia fuerza aérea de apoyo. En estas circunstancias el sentimiento entre los miembros del Ejército es que sencillamente hay que luchar por la propia supervivencia.

En este contexto se ha producido una vigorosa reacción que anticipa de nuevo un potente cambio doctrinal. Resulta irónico, y hasta cruel, que sea el Ejército el que lidera las transformaciones doctrinales más brillantes, para ser después el que menos puede aprovecharlas.

La transformación comenzó realmente con el “Objetivo Fuerza XXI” como se ha visto con anterioridad. La Fuerza XXI situada en el horizonte del 2010, debía ser capaz de desarrollar en profundidad los avances de la RMA, pero manteniendo un esquema organizativo y doctrinal no muy diferente al clásico de la Guerra del Golfo. Pronto se vio que esto era insuficiente y surgió el concepto del “Ejército después del Próximo” (Army After Next ó AAN), un proyecto basado en juegos de guerra, estudios y opiniones de

---

<sup>37</sup> Jablonsky

expertos sobre cuales serían los requerimientos para el Ejército sobre el 2020 – 2025, cuando ya la Fuerza XXI estuviese obsoleta<sup>38</sup>.

La AAN prevé un cambio radical en los procedimientos y la organización impulsados por un nuevo salto en la RMA. Sistemas de armas robotizados, combatientes individuales interconectados por redes informáticas, armas de energía dirigida y un nuevo concepto de organización “en red” más adaptado a la nueva era de la información. No obstante, el AAN sigue siendo una mera visión de futuro, y todavía no existe una idea muy clara de cuáles puedan ser los cambios que la tecnología pueda provocar en un plazo de 20 años.

Pero mientras llega este futuro, el Ejército debía trabajar en algo más realista que garantizase su utilidad futura. En 1999 se comenzó a trabajar en la organización de la Fuerza Objetivo, unidades digitalizadas capaces de desarrollar las prestaciones que se esperaban para el AAN. La previsión inicial era conseguir las primeras unidades de esta fuerza en 2012 pero, en 2001, el Jefe de Estado Mayor, General Shinseki, comentó que el Ejército podría perder relevancia si no era capaz de desarrollar una Fuerza Objetivo para el 2010.<sup>39</sup> El paso intermedio para llegar a esa Fuerza Objetivo es el proyecto IBCT (Interim Brigade Combat Teams).

Las IBCT nacen de la experiencia obtenida en las semanas que siguieron a la invasión irakí de Kuwait. Ante la posibilidad de que el ejército de Saddam Hussein no se detuviese y atacase también Arabia Saudí, se envió a dos divisiones ligeras: la 82 aerotransportada y la 101 aeromóvil. Ambas divisiones desplegaron en un plazo muy breve, y probablemente su presencia bastó para disuadir a los irakíes de seguir su avance hacia el Sur. Pero las autoridades militares norteamericanas pasaron unas semanas terribles hasta que se verificó este hecho. No se sabía muy bien como podrían haberse comportado las ligeras unidades norteamericanas frente a un cuerpo de ejército acorazado irakí. Sobre todo teniendo en

---

<sup>38</sup> Jablonsky

<sup>39</sup> Jablonsky, pág. 44



cuenta que las unidades de la Fuerza Aérea estaban todavía instalándose en Arabia Saudí, los helicópteros adaptándose al desierto y solo se podía contar con la aviación embarcada de un par de portaaviones.

Estos temores convencieron a los planificadores del Pentágono de que necesitaban unidades lo suficientemente ligeras como para ser rápidamente aerotransportadas a cualquier lugar del mundo, pero con la suficiente potencia y protección como para enfrentarse a un adversario pesado, El tema permaneció dormido unos años pero, finalmente el General Shinseki, resucitó el proyecto como una forma mantener y resaltar el valor y la disponibilidad del Ejército en operaciones exteriores.

Las IBCT se han diseñado como unidades mecanizadas dotadas con una familia de vehículos blindados ligeros, pero que mantienen una respetable potencia de combate gracias a las avanzadas tecnologías que incorporan. Esta potencia se ve también incrementada por su propia organización basada en la digitalización y el absoluto dominio de la información. Con ellas se puede acudir rápidamente a un teatro de operaciones remoto mediante el aerotransporte y, una vez allí, entablar el combate con garantías, incluso contra adversarios potentes.

Toda el proyecto de las IBCT y la Fuerza Objetivo está dominado por una idea básica: el Ejército puede no tener cabida en el nuevo esquema estratégico norteamericano si no mejora su capacidad de reacción y despliegue a larga distancia. Toda la profunda reestructuración organizativa y doctrinal de los últimos 30 años puede llegar a convertirse en una mera curiosidad. Los gobernantes norteamericanos quieren victorias seguras con pocas bajas, o con ninguna. Es lo que ofrecen la Armada y el Ejército del Aire, ciertamente con argumentos muy discutibles, pero que coinciden con lo que quieren oír los políticos de Washington. Lo que mejor sabía hacer el Ejército, controlar el terreno, parece que ha perdido valor dentro de la nueva estrategia en la que prima la respuesta

proyectable sobre la presencia avanzada. La única opción del Ejército es adaptarse a esa estrategia, pese a que el camino va a ser sin duda costoso, incierto, e implicará probablemente la pérdida de aptitudes para esa función originaria de control del territorio que todos los ejércitos de tierra tienen. Tras años de vaivenes entre la guerra de desgaste o la de maniobra, la doctrina terrestre norteamericana en nuestros días viene orientada fundamentalmente por la supervivencia del propio Ejército.

## **9.- CONCLUSIONES. EL VALOR DE LA DOCTRINA NORTEAMERICANA COMO EJEMPLO**

Las consecuencias de todo este recorrido histórico y estratégico podrían resumirse en tres:

- El modelo militar norteamericano se ha basado fundamentalmente en aquellos campos en los que la superioridad tecnológica e industrial podrían ofrecer mayores ventajas. El poder naval primero, el aeronaval después y el aeroespacial en la actualidad. El poder terrestre, que es el que sufre en menor medida el impacto tecnológico, y el que obliga a emplear y arriesgar mayores recursos humanos, siempre ha sido visto con desconfianza por los políticos de Washington. Esto ha tenido serias repercusiones sobre la evolución del Ejército, siempre relegado a un segundo plano y necesitado de demostrar su propia utilidad.
- La doctrina militar terrestre del Ejército de EEUU mantiene una eterna pugna entre la estrategia logística o de desgaste y la de maniobra. La primera resulta prácticamente inevitable ya que las propias características culturales y económicas de la nación empujan hacia ella. Pero siempre ha existido una corriente disconforme en el seno del Ejército, deseosa de poder aplicar un modelo doctrinal más brillante basado en la maniobra, la movilidad, la iniciativa y la sorpresa. Las reformas para adaptarse a un modelo de maniobra suelen ser esfuerzos baldíos,

aparcados ante el hecho real de que, sencillamente, resulta más fácil servirse de los inmensos recursos de la nación para abrumar al adversario.

- La tecnología, la organización y la logística son las auténticas bases del poder terrestre norteamericano. Ni la doctrina, ni la formación de los mandos ni las concepciones operacionales son excesivamente brillantes; al menos comparadas con la tradición alemana de las dos Guerras Mundiales, la israelí de las últimas décadas o incluso el modelo soviético de guerra terrestre. Esto es así no por falta de profesionalidad sino porque la enorme potencia norteamericana lo ha hecho de momento innecesario. Pero, sin alcanzar esa brillantez, la doctrina norteamericana resulta extremadamente práctica, y muy apropiada para aprovechar al máximo el gran potencial de la nación.

Pese a que estas conclusiones puedan apuntar a una visión un tanto pobre de la doctrina militar norteamericana, se hace necesario reconocer el indudable valor del renacimiento doctrinal producido después de la Guerra de Vietnam; quizás uno de los más profundos que han afectado al Ejército de EEUU. Y ello pese a que, como ya se ha expuesto con anterioridad, este renacimiento ha quedado en gran parte reducido a la categoría de ejercicio teórico, dado que los políticos norteamericanos no parecen de momento dispuestos a asumir los riesgos que la guerra de maniobra implica.

El Ejército Norteamericano ha sido el mejor y más genuino representante del modelo de guerra industrial que se inició durante el siglo XIX. Tras los sucesivos auges y caídas de Francia, Gran Bretaña, Alemania y la URSS, EEUU se consolidó como la potencia militar con mayor éxito, pese a que los modelos militares de sus predecesores eran aparentemente más brillantes. Pero nadie como EEUU pudo combinar un territorio aislado y casi inatacable, unos inmensos recursos humanos y naturales, y una obsesiva cultura

empresarial e industrial. Traducidas al campo de batalla, estas ventajas se han convertido en una superioridad incontestable.

La mayor parte de los ejércitos occidentales han bebido de la fuente doctrinal norteamericana y, en algunos casos, incluso han aceptado ese modelo sin apenas modificaciones. Esto nos lleva a una de las cuestiones más controvertidas del actual panorama doctrinal: ¿Puede ser la doctrina militar norteamericana aplicable a otros ejércitos?

La respuesta, que probablemente queda implícita en el recorrido histórico y estratégico efectuado anteriormente, es que no, aunque con ciertos matices.

Los condicionantes económicos, estratégicos y culturales norteamericanos, que son los que en definitiva han terminado por construir su modelo militar, son tan específicos que no tienen parangón en todo el mundo. Cuando otro ejército con condicionantes diferentes intenta aplicar sus procedimientos sin la debida adaptación se encuentra con un imposible.

Un ejemplo de actualidad lo encontramos en el ya mencionado concepto de IBCT y en su difusión en Europa bajo la denominación de Fuerzas Medias. Muchos ejércitos europeos se han puesto de forma entusiasta a copiar el concepto, intentando desarrollar unas fuerzas más potentes que las ligeras, pero fácilmente proyectables. El esfuerzo amenaza con ser inútil, puesto que los ejércitos europeos carecen de la capacidad de transporte estratégico que permite a los norteamericanos concebir la proyección vía aérea de brigadas mecanizadas completas. Y aunque esta proyección llegase a realizarse, las fuerzas europeas carecerían también del apoyo de los bombarderos estratégicos, los grupos de portaaviones y las agrupaciones de desembarco de la Infantería de Marina de los que pueden disponer los norteamericanos en cualquier lugar del mundo. Por no hablar del apoyo en inteligencia y mando y control que proporciona la espectacular red de satélites

militares de EEUU, o del inmenso gasto realizado en investigación y desarrollo para lograr la digitalización de estas unidades.

En estas condiciones el concepto de Fuerza Medias se convierte en un mero ejercicio retórico, a menos que se participe como mero comparsa en una operación liderada por Estados Unidos. Adoptando la doctrina norteamericana al pie de la letra, los ejércitos europeos corren el riesgo de convertirse en una mala imitación del Ejército Norteamericano, apta solo para operar a la sombra de su modelo, y siempre en un papel secundario.

Pero, con todo, lo más grave es la falta de espíritu crítico para comprender que el concepto de fuerzas medias tiene más de ejercicio de supervivencia por parte del Ejército Norteamericano, que de brillante concepción operacional. Probablemente las IBCT nunca sean empleadas en el papel para el que han sido originalmente creadas: la respuesta rápida a una crisis. Cualquier intervención militar de EEUU vendrá precedida por meses de preparación y organización, y semanas de ataques con medios aéreos y misiles, antes de que alguna unidad del Ejército reciba autorización para penetrar en el territorio enemigo. El despliegue rápido de unidades terrestres y su inmediata entrada en combate presenta un riesgo de bajas inaceptable para cualquier político norteamericano. En el fondo se está copiando un concepto vacío, una forma en la que el Ejército de EEUU trata de mantener su financiación y su supervivencia en una época de transformación.

El ejemplo de las IBCT podría hacerse extensivo a otros conceptos doctrinales que han intentado también aplicarse en otros ejércitos. Quizás uno de los más significativos fue el intento, un tanto patético, de adoptar tal cual la organización pentómica en España en 1958. Se intentaba adaptar a un ejército, que por aquel entonces ni siquiera era

motorizado, a un campo de batalla nuclear. Como es lógico tal ensayo fue de corta duración, finalizando en 1964.<sup>40</sup>

Sin embargo, hay que distinguir entre la mera copia de la doctrina militar norteamericana y la adaptación de muchos de sus conceptos para uso propio. Los conceptos tácticos y operacionales norteamericanos quizás no sean geniales, pero son sencillos y prácticos lo cual, hablando de doctrina militar siempre es una virtud. Tanto su concepción logística como su organización son enormemente eficientes, siempre que se tenga en cuenta, a la hora de tomarlas como modelo, que detrás de ellas hay presupuestos de cientos de billones de dólares y una cultura empresarial y de especialización del trabajo muy diferentes a las europeas. Por último, un aspecto especialmente atrayente de la doctrina militar norteamericana, y digno de ser tenido en cuenta, es su enorme capacidad de autoanálisis. El esfuerzo que representó el cambio organizativo y doctrinal después de la Guerra de Vietnam se debió en gran medida a esta aptitud para analizar el comportamiento de su máquina militar, y detectar y corregir sus fallos.

En definitiva, es necesario tener en cuenta el modelo norteamericano de guerra terrestre a la hora de abordar cualquier trabajo doctrinal. Pero la copia literal de ese modelo, sin una adaptación que tenga muy presentes tanto las peculiaridades de EEUU como las del ejército destinado a servirse de esa doctrina, puede ser muy negativa. Los ejércitos europeos deben tener en ello un cuidado especial pues, por razones culturales y geopolíticas, están obligados a mantener un alto grado de interoperabilidad con las fuerzas norteamericanas, aunque esto no significa adoptar sin más una doctrina que serían incapaces de aplicar por ellos mismos. Una copia irreflexiva haría absolutamente dependientes a las fuerzas europeas de las norteamericanas, lo que terminaría siendo perjudicial para ambas. Para las primeras porque acabaría con gran parte de la

---

<sup>40</sup> Puell de la Villa, págs 173 -174

independencia política de sus estados; para las segundas porque unos aliados incapaces de defenderse por sí mismos terminarán por ser una carga demasiado pesada.

Granada, Noviembre de 2002

## BIBLIOGRAFÍA

- COHEN, Eliot A. *Defending America in the Twenty – first Century*. En Foreign Affairs, Nov – Dic. 2000
- COLSON, Bruno. *La culture stratégique américaine.L'influence de Jomini*. FEDN. Paris. 1993.
- FERRILL, Arther. *La caída del Imperio Romano, Las causas militares*. EDAF. Madrid. 1998
- FM100-5. United States Army Infantry Center. Fort Benning. Ed,s 1986 y 1993.
- FM3-0. United States Army Infantry Center. Fort Benning. Ed 2001
- FULLER, JFC. *Batallas Decisivas del Mundo Occidental*. Ed. Ejército. Madrid. 1985.
- GOULDING JR., Vincent. *From Chancellorsville to Kosovo. Forgetting the Art of War*. En Parameters. Verano 2000
- GRAY, Colin. *Modern Strategy*. Oxford University Press. Oxford 1999
- GROVES, John R. *Crossroads in US. Military Capabilities. The 21 Century US. Army and the Abrams Doctrine*. AUSA Institute. Land Warfare Paper nº 37. Agosto 2001
- HUNTINGTON, Samuel P. *El soldado y el estado*. Círculo Militar Argentino. Buenos Aires. 1964
- JABLONSKY, David. *Army transformation. A tale of two doctrines*. Parameters. Otoño 2001.
- MURAWIEC, Laurent. *La guerre au XXI siècle*. Editions Odile Jacob. París. 2000
- PARET, PETER. *Creadores de la Estrategia Moderna*. Publicaciones de Defensa. Madrid. 1991
- PFOST, Richard A. *War with Mexico! The campaign in Northern Mexico*. En Command ISSUE 40, Noviembre 1996
- PUELL DE LA VILLA, Fernando. *Historia del ejército en España*. Alianza Editorial. Madrid 2000
- SCALES, Robert H. *Future Warfare*. US Army War College. Pennsylvania. 2001
- TOFFLER, Alvin y Heidi. *Las Guerras del Futuro*. Plaza & Janés. Barcelona. 1994
- WEIGLEY, Russell F. *The American Way of War*. Indiana University Press. Bloomington. 1977.